

Mateo 7:6, No condenen, pero discernan.

Introducción: Este verso nos enseña una conclusión acerca del tema de no juzgar, y nos prepara para recibir la enseñanza siguiente acerca de la constancia en la oración y la relación con las demás personas. De hecho, hemos visto cómo el sermón de monte se ocupa de describir a los Cristianos, lo que son y cómo viven, su relación personal con Dios, cómo ven y enfrentan la vida, cómo viven piadosamente delante de Dios, y delante de los hombres. Veíamos de los versos 1-5 cómo el Señor nos manda evitar el espíritu de hipercrítica y condenación, sabiendo que habrá un juicio final de parte de Dios en el cual dará a cada uno según sus obras, así que debemos dejar ese juicio final a Dios y ser pacientes con los demás, mostrando la gracia que hemos recibido y que también nosotros necesitamos. Pero esto no significa en absoluto que la paciencia en cuanto a la proclamación del evangelio sea infinita, recuerden hermanos que por 120 años Noé preparó un arca anunciando así el juicio del Señor y la buena noticia de esperanza a los que entraran en el arca, pero llegó el día en que la puerta fue cerrada y solo quedaron a salvo los que entraron, luego vino el diluvio y los que desecharon el mensaje ya no podían entrar, y Noé no podía abrir el arca, así será también con la predicación del evangelio en este tiempo final, Mt. 24:37-39. Nos corresponde entonces reflexionar en esta verdad que el Señor expone por medio de esta ilustración, para que dejando el espíritu de hipercrítica, aprendamos a discernir, acerca de nuestros esfuerzos en proclamar la buena nueva adecuadamente, por eso titulamos nuestra reflexión de esta oportunidad como: “No condenen, pero discernan”.

I. Disciernan lo Santo y Valioso

Al usar el Señor en su ilustración los términos “santo” y “perlas”, debemos entender que se refieren a aquello que es sagrado y de gran precio, y que por lo tanto debe ser tratado con la debida consideración, de dársele el uso adecuado. Todo este sermón del monte nos está instruyendo acerca del reino de los cielos, acerca de la vida en la presencia de nuestro Padre celestial al cual tenemos acceso como hijos, de los bienaventurados que somos, del privilegio que Dios nos ha concedido, de nuestro excelente llamado como ciudadanos del reino celestial, por lo cual, de acuerdo a estas enseñanzas debemos tener claridad, y hacer distinción de

A. Lo que es sagrado

De lo que es apartado del mundo profano, lo que es dedicado a Dios y por lo tanto debe ser tratado con respeto. En el antiguo testamento algunos sacerdotes fallaron en esto, en no distinguir ni enseñar al pueblo a distinguir, entre lo santo y lo profano, Lv. 10:9-11 vs. Ez. 22:26. En nuestro medio cuando alguien aprecia algo dice que eso es “sagrado”. Pero nosotros como cristianos debemos entender que lo único sagrado es aquello dedicado a Dios, que nos muestra la grandeza y trascendencia de Dios, que se usa para honrar al único Dios que es separado de toda clase de mal, que está por encima de todo y de todos. ¿Dónde encontramos a ese Dios Santo, Santo, Santo?, ¿dónde se revela de manera especial a su pueblo?, ¿cómo podemos entrar en esa relación especial con él y participar de su santidad?, leamos Jn. 17:15-17. Cristo está dando su Palabra a sus discípulos, por lo tanto los está santificando, los está dedicando para Dios. Así que ellos deben entender lo que son, y lo que han recibido, que es algo sagrado, algo santo. Y deben diferenciar entre lo que es santo y lo que no lo es. También deben discernir

B. Lo que es de gran precio

Las perlas de las que habla el Señor Jesús en esta ilustración, Hendriksen nos comenta: “obtenidas del golfo Pérsico o del océano Indico, tenían precios fabulosos, muy por encima del poder comprador de la persona promedio”. Y en este sentido en otro momento el Señor mismo comparó el reino de los cielos con una perla de gran precio, mucho más valiosa que todas las cosas que cualquiera pudiera tener, y que merecía del despojo de absolutamente todo con tal de tener esta perla preciosa, Mt. 13:45-46. Hermanos, qué tan precioso estimamos a Cristo, su obra en la cruz, su gracia y paciencia para con nosotros enseñándonos su palabra, viniendo a vivir como uno de nosotros, para salvarnos a nosotros y darnos esperanza, consuelo y socorro constante. ¿Qué tan valioso es para ti el mensaje de la cruz?, ¿hay algo más valioso que quiera alcanzar como para rechazar la buena nueva de perdón de pecados en Cristo?, ¿hay acaso algo máspreciado para ti, que la palabra de Dios no amerita tu estudio, cuidado y atención?, ¿sabes lo que Dios te ha concedido por medio de la predicación del evangelio?, ¿qué es lo que más aprecias?, si no es Cristo, si no es su Palabra, estás mal, y debes arrepentirte. Pero si es Cristo, si es su santa palabra, sus maravillosas promesas, entonces debes aprender a distinguir entre lo que verdaderamente es santo y valioso

C. Para darle el uso apropiado

Y aquí es donde fallamos muchos de nosotros. Tal vez sabemos que el mensaje del evangelio es santo y muy valioso, pero no siempre le damos el uso adecuado. No siempre lo consideramos plenamente como algo sagrado y de gran valor, y a veces nos dejamos llevar y seguimos aquello que es profano y que no vale absolutamente nada, antes por el contrario resulta dañino. Y no solo eso, sino que aún en nuestras relaciones toleramos el uso profano de la santa verdad de Dios, del mensaje sacrosanto del evangelio. Para algunos esta proclamación resulta ser un espectáculo más para entretener a las masas, para otros una forma mecánica a indiscriminada de decir la verdad, y a veces hasta una forma cruda de decir la verdad. ¿Cómo lo hizo Cristo, qué cuidados tuvo?, ¿le habló a todos de la misma manera?, ¿actuó con todos de la misma manera?, ¿cómo hicieron los apóstoles, cómo deberíamos hacer nosotros?. Lo primero entonces es que debemos aprender a discernir lo que es santo y valioso, el carácter sagrado y de gran precio de evangelio que nos ha sido dado por medio de la predicación del mismo por parte de nuestro Señor y sus apóstoles en su Palabra, para darle el uso apropiado.

II. Disciernan quienes reciben o desprecian la verdad

En segundo lugar, debemos entender que el Señor nos pide: “disciernan quienes reciben o desprecian la verdad”. Si bien no debemos condenar ni tener espíritu de hipercrítica, si debemos identificar si la gente a la cual le compartimos el evangelio está dispuesta a recibir o no el mensaje para no malgastar nuestros recursos, santos y valiosos, en alguien que tienen una actitud de desprecio al mensaje de gracia que le es dado, no solo a los de fuera de la iglesia, sino incluso dentro de la misma iglesia, por ejemplo al ejercitar la disciplina eclesiástica (Tito 3:10-11, Judas 1:22-23). Hay que entender entonces que

A. Algunos actúan como perros salvajes

Para los judíos, los perros no eran como las mascotas que en nuestro medio se suelen tener en casa, sino perros vagabundos y salvajes que buscaban alimentarse entre la basura, por lo tanto eran considerados sucios e inmundos, Pr. 26:11, fieros, Sal. 22:16,20, codiciosos, Is. 56:11, despreciables, 1 Sam. 17:43. Cristo entonces nos enseña que algunos reaccionan de esta manera frente al

evangelio, y por más paciencia que se pueda tener con ellos siempre tienen la misma actitud. Como cualquiera sin Cristo no comprenden las cosas espirituales, pero si bien hay que anunciarles el evangelio como a todos, no necesariamente debe hacer de la misma manera, ni dedicando la misma atención y recursos. A estos simplemente hay que mostrarles que Cristo vino al mundo a salvar a los pecadores y al igual que todos, ellos también tienen necesidad de Cristo, pero no podemos ponernos a discutir doctrina con ellos, no podemos hablarles de elección incondicional, de expiación limitada, o de las posiciones escatológicas, o de otras doctrinas que solo pueden ayudar a los que ya son creyentes, a crecer en su relación con Dios. Jesús prohíbe entregar estas cosas santas a quienes no van a valorarlas, antes por el contrario, tomarán una actitud agresiva en contra nuestra si tratamos de mostrar la plenitud y variedad de la verdad del evangelio.

B. Algunos actúan como cerdos hambrientos

Los cerdos, considerados impuros, también gozaban de desprecio por parte de los judíos, y eran considerados despreciables e inmundos, 2 Pedro 2:22, Lc. 15:15-16. El ejemplo que usa el Señor pareciera indicar que al arrojarle una perla preciosa a un cerdo, este podrá pensar que es una arveja o alguna cosa más para comer, y al darse cuenta que no es de comer, las pisará, y atacará a quien se las arrojó. Hermanos, hay gente que solo quiere las bendiciones materiales que pueden obtener de Cristo, pero no les interesa Cristo en lo más mínimo. Hay que distinguir este tipo de gente, y a ellos no se les puede prometer “el Señor te concederá las peticiones de tu corazón”, esto es solo para los que han aprendido a confiar y deleitarse en Dios, saciarse en Dios. Para muchos lo único que les interesa es el dinero, la comida y el vestido, pero a los discípulos el Señor promete que les dará esto como añadidura, y que lo único que deben buscar ansiosamente es el reino de Dios y su justicia.

C. Hay que ser cuidadosos con ellos

No testificarles como a un hermano que está buscando crecer en el Señor a pesar de sus luchas con el pecado. No desgastarse enseñándoles doctrina sólida, sino apenas los rudimentos del evangelio, el perdón de pecados en Cristo, el arrepentimiento para con Dios, es lo único en lo que debemos insistir, y eso, dependiendo también las circunstancias. Cristo no testificó a Herodes, quien ya había escuchado la proclamación de Juan el Bautista (Mr. 6:20, Lc. 23:39), aunque fue paciente con Tomás y con Pedro (Jn. 20:24-29, Jn. 21:15-19). Igual hicieron los apóstoles, Hech. 13:45-46. No todas las personas reaccionan igual a la predicación del evangelio, no todas quedan inquietas por conocer más la verdad, algunos como Herodes solo tienen una curiosidad morbosa, peor no quieren conocer en verdad a Dios, ¿cómo tratarlos entonces, cómo entender si debemos o no invertir tiempo y recursos cuando la mies es mucha y los obreros son pocos?

III. Pidan a Dios ese discernimiento

La tercera reflexión es la consecuencia lógica de esta enseñanza, pidan a Dios ese discernimiento. En la medida que dependamos de Dios en oración podemos aclarar mejor nuestros sentidos, y nuestro discernimiento espiritual. Sólo Dios pueden convencer y redargüir los corazones, solo Dios convierte el alma por medio de su Santa Palabra, nosotros simplemente somos mensajeros, pero pidamos al Señor sabiduría para anunciar ese mensaje como debemos, Ef. 6:18-20

A. Para ser más efectivo en su testimonio

Esa era la oración del apóstol Pablo, y debe ser también la nuestra, para que sea Dios quien hable a los corazones, y si lo rechazan, que nos ayude a seguir llevando el mensaje a otros sin detenernos, sin desperdiciar el tiempo ni los recursos que nos da para ello. Si compartimos el evangelio y quieren

aprender, oremos que Dios nos ayude para realizar el discipulado que nos corresponde según su ordenanza, pero si no, oremos por si algún día Dios conceda esto, pero sigamos hablando a otros, la mies es mucha, los obreros son pocos. Si alguien quiere discutir sobre la biblia, la iglesia y sus dirigentes, no perdamos el tiempo en esas cosas vanas, planteemos la necesidad de conocer el evangelio, y no nos atienden, dejemos a un lado esa conversación y hablemos a otros. Debemos pedir discernimiento al Señor para anunciar la buena nueva a los que no lo conocen pero también

B. Para no actuar con ligereza en la iglesia

1 Tim. 5:22 es una exhortación clara en este aspecto, en consecuencia con 1 Tim. 3:6. Un recién convertido no es precisamente la persona más indicada para ser un oficial de la iglesia, anciano o diácono, consejero o maestro. Se necesita decantar emociones, se necesita instrucción, discipulado. De lo contrario, se corre el riesgo de que personas malvadas que en realidad no se han arrepentido, ocupen una posición de liderazgo en la iglesia que ocasionará daño en lugar de edificación, por lo cual se requiere que sea Dios quien nos dé el discernimiento necesario, como por ejemplo sucedió con Bernabé y Saulo Hech. 13:1-3.

C. Para conservar un santo equilibrio

Finalmente, necesitamos pedir a nuestro Dios discernimiento para conservar un santo equilibrio, entre no juzgar, pero sí discernir. No andar con un espíritu de hipercrítica, pero no tolerar el pecado. Ser pacientes anunciando el evangelio, pero entender que esa paciencia no es infinita. Para ayudar al que realmente quiere aprender más de Dios, pero distinguir si no es una mera curiosidad morbosa la cual debemos rechazar. Para amar y recibir a los nuevos convertidos, pero no ser ligeros en elegirlos como oficiales para que no se dañen y dañen a otros. Para reconocer a los que sirven al Señor y distinguir a los falsos profetas.

Conclusión: No condenen, pero disciernen. No hagan juicios finales contra las personas, pero distinguan entre los que realmente necesitan ser enseñados con paciencia y dedicación, y los que solamente deben ver nuestro testimonio aunque no les digamos una sola palabra. Esta es la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, roguemos a Dios que nos permita atenderla, y llegar a ese santo equilibrio del discernimiento espiritual para manifestar la misericordia divina que Dios nos ha concedido, algo sagrado y de gran precio. Oremos.